

PRÓLOGO DE JUAN POZUELO: ÉRASE UNA VEZ

Érase una vez una noche en un bar de su adorado Bilbao cuando volví a reencontrarme con Inés después de algunos años sin vernos. Pocos meses después, estábamos haciendo cosas juntos y debo decir que hay pocas personas que me produzcan esa mezcla endiablada de locura y calma al mismo tiempo. Es cierto que su ADN vasco hizo que la gastronomía fuera un vínculo poderoso y un motivo inigualable para establecer una relación donde hay tanta demencia voluntaria como la que se desborda en las páginas de este libro.

La tecnología hace que nuestra relación haya fluido más a través de los dispositivos electrónicos que alrededor de mesas o cocinas, así que, cuando en un mensaje de voz me pidió escribir un prólogo para un libro me quedé sorprendido, no porque dudara —imposible conociéndola— sino porque me pareció una idea tan genial que lo escribiese, que no supe si era yo la persona más adecuada para introducirlo. Esta duda se transformó con rapidez en una travesía inconsciencia y dio paso a disfrutar del halago de la solicitud y del placer de compartir espacio. Y, sobre todo, dio paso al honor de servir de anfitrión de estas páginas.

Cuando conoces a Inés descubres que no hay nada con lo que no se atreva, y suple con un increíble ánimo cualquier falta de recurso. Esa actitud no es mala o buena por sí misma, pero, de repente, te ves embarcado en sus viajes y ese carrusel de emociones hace que uno mismo dude de todo también. Y solo a partir de la duda nos vemos obligados a tomar decisiones y, como proyecta junto a Víctor a través de Mar

Tillo, dan un poco igual las consecuencias cuando el riesgo de no hacerlo es perecer por inmovilidad.

Esa combinación de locura y tranquilidad hace que en Inés se mezclen con total claridad las personalidades de Mar y de Irene; tendréis que leer todo el libro para descubrir ese cóctel, pero estoy convencido de que nos os costará nada. Yo lo hice en horas y sin que desapareciera la sonrisa de mi cara, hasta el punto de descubrir detalles de ambas en ella. Puede ser Doña Perfecta y puede ser el desastre incontrolado e histérico de Mar, pero es más aún, puede serlo al mismo tiempo, además.

He disfrutado mucho leyendo el libro y lo volveré a disfrutar hojeándolo de nuevo físicamente, lo disfrutaré además alegrándome de que mi querida Inés haya seguido cumpliendo sueños, que lo seguirá haciendo con la certeza de que continúa interesada en estudiar todas las posibilidades de la vida.

Gracias siempre por las sonrisas, y hoy, por estas últimas.

Juan Pozuelo, chef

PRÓLOGO DE MYRIAM PINTADO: RECUERDOS

Cuando alguien a quien quieres y admiras te pide que escribas sobre ella, y más concretamente sobre su trabajo, además de satisfacer tu ego enormemente pensando que tu opinión le importa, sientes una gran responsabilidad. Lo que te lleva a su vez a realizar un ejercicio de memoria, que te permita analizar qué te ha traído hasta aquí en tu relación con ella.

Inés representa para mí el ejemplo de una mujer hecha a sí misma que además ha sabido reinventarse. La conocí subiendo a la cumbre de la popularidad tras ser elegida Miss España. Corría el año 1997, un momento donde el concurso tenía una gran aceptación por parte del público y los medios. Es decir, ganar significaba convertirte inmediatamente en el rostro del año. Si a esto le unes que Inés representaba a Bizkaia, era una *miss* vasca, dentro de una organización tan conservadora como la del concurso y en un momento en que, en España, el conflicto vasco estaba lejos de llegar a una salida. No se lo pusieron nada fácil. Y por ello tuvo un reinado complicado, porque quiso demostrar que representar a España no significaba en absoluto renunciar a su origen bilbaíno.

Siempre he pensado que Inés tiene una gran inteligencia emocional, que la ha ido llevando a tomar grandes decisiones en su vida. Por ejemplo, en un momento determinado tuvo que decidir, como tantas *misses*, hacia donde dirigir su carrera una vez destronada. Estaba la vía de los bolos, los eventos, las portadas y vivir de la popularidad que arrastraba el título y los titulares que se derivaban de su vida; o empezar de nuevo, llevar su carrera hacia la comunicación y el *marke-*

ting y crear, desde cero, una reputación en un ámbito en el que era una completa desconocida.

Con los años y la experiencia acumulada, emprende su propio negocio, una agencia de comunicación y *marketing*. Demostrando una vez más que nada es gratuito, sino fruto del esfuerzo y la perseverancia, que es lo que la ha traído hasta aquí.

Y un día me llama y me dice que ¡ha escrito un libro! Y como ya os decía, Inés, con esa gran inteligencia que la caracteriza, no lo ha hecho sola. Ha sabido encontrar el mejor compañero de viaje en esta aventura. Víctor es un escritor con una carrera bastante prolífica (teniendo en cuenta lo joven que es). Además, es un tipo de lo más versátil, lo mismo te escribe una saga de terror, que una novela histórica, o un cuento para niños. Y en esta ocasión, que es su última aventura literaria, vuelve a sorprendernos entrando por primera vez en el género romántico, con destreza y mucha calidad.

Y me leo el libro. Y leer el libro que ha escrito tu amiga es una gran responsabilidad, porque ella espera tu *feedback* y ha de ser sincero para que le sirva. Así que empiezo a leer. Mordiéndome las uñas porque quiero que me encante ¡claro! Y cuál es mi sorpresa que a partir de la primera página mi tensión ha desaparecido porque me he enganchado a una lectura que me apasiona y que hace que me lo esté pasando genial. Me gusta la historia, me encanta la construcción de los personajes y cómo ha ido introduciendo elementos inherentes a su vida para hacer el libro divertido, ameno y creíble.

Tenéis por delante una historia de superación, de encuentro con una misma, de miseria, de esfuerzo, de bajada a los infiernos, todo ello contado con la ironía suficiente para que nos haga pasar un buen rato.

Es una novela con un fondo muy feminista, nos muestra esa parte, que ahora está tan en boca de todos, del nivel de

exigencia que tenemos las mujeres de nuestra generación, que muchas veces nosotras mismas no somos conscientes de ello, pero cuando nos ponemos a enumerar todo lo que tenemos a nuestras espaldas, nos damos cuenta de que es demasiado. Sobre todo si, además, como en el caso de la protagonista de nuestra historia, te tienes que comparar con ciertos estereotipos de perfección que todos los días se nos muestran a través de las redes sociales.

Inés y Víctor saben de lo que escriben y esta historia no va a dejar indiferente a nadie. Yo solo espero que sea la primera de muchas.

Miryam Pintado,
creadora de Dolores Promesas y
fundadora de Gallery Room

**PRIMERA
PARTE:**
ÉRASE UNA VEZ,
UNA NOCHE EN UN BAR...

Hay gente que bebe para ahogar sus penas. Cuando Mar tiró media copa encima del brazo a Hugo, lo primero que él pensó fue: «Vaya, esta mujer debe estar intentando sumergir el mismísimo Titanic».

La verdad es que ya se había fijado en ella antes. Le había llamado la atención la manera en que cogía la copa, casi como si quisiera romperla con la presión, o aún peor, como si estuviera buscando una víctima a la que estampársela en la cabeza. También le había parecido curiosa la manera de beber: ansiosa y desesperada. Además, era guapa, a su manera descuidada.

El *pub* estaba bastante lleno y todo el mundo iba en parejas o grupos; era necesario hablar bastante alto para que el que tenías al lado pudiera oírte. Se respiraba buen rollo, alegría etílica y diversión. En contraposición, allí estaba ella, en la barra, con la misma expresión que el pitufo gruñón, una mujer morena de pelo revuelto, pantalones vaqueros y zapatillas New Balance.

La vio, le llamó la atención y se olvidó de su existencia cuando uno de los compañeros de trabajo con los que había salido a tomar unas copas le dio conversación.

Luego, puede que media hora más tarde, Hugo se acercó a la barra a pedir una cerveza al mismo tiempo que Mar intentaba coger una postura más cómoda en el taburete sobre el que estaba sentada, con tan mal tino que resbaló y derramó la mitad de su copa sobre el brazo de Hugo.

—Ostras, lo siento —murmuró. Arrastraba una pizca las palabras y tenía los párpados un poco caídos. Hugo no supo decir si estaba mirando a través de él y observando algún espectáculo de luces y sombras situado más allá, en otra galaxia.

—No pasa nada.

—No pasa nada de nada —repitió ella al tiempo que volvía a sentarse y apoyaba un codo en la barra con gesto aburrido—. Pero que nada. De. Nada.

—Veo que te lo estás pasando de miedo, ¿eh?

La mujer levantó la vista y ahora sí pareció verle por primera vez.

—¿Esto? Esto es un descanso. De miedo es el resto de mi vida.

—Guau, eso es empezar una conversación por la puerta grande.

—¿Estamos empezando una conversación? —Levantó una ceja para dar a entender que ella no pensaba lo mismo.

—Bueno —dijo él—, creo que la definición de conversar es precisamente esta, si nos ponemos estrictos.

Mar echó un vistazo a su espalda, al resto del *pub*. Estaba decorado con colores chillones y adornos relacionados con la fotografía: carretes, negativos, focos y similares. Todo el mundo bailaba, reía y conversaba en ese barullo incomprensible de música y voces. Cuando ella había llegado apenas había una docena de personas y ahora el sitio estaba a rebosar.

—¿Puedo preguntarte por qué estás aquí sola?

—¿No eres un poco entrometido?

—O puede que me merezca alguna respuesta, ya que me has tirado eso por encima... ¿qué bebes? —Hugo se olisqueó el brazo tratando de adivinarlo—. ¿*Gin-tonic*?

—Premio para el caballero —murmuró ella mientras corroboraba el acierto con un movimiento afirmativo—. Arriba, abajo, al centro y *padentro*. —Siguió el recorrido que marcaban sus palabras con la copa y, al intentar beber, se golpeó los dientes y derramó un poco en sus pantalones. A ese paso, más de la mitad del *gin-tonic* iba a acabar fuera de su cuerpo—. Mierda, me he manchado.

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué?

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿No es evidente?

—Es evidente que estás bebiendo.

—Esto es un bar, no hacerlo sería más extraño.

—Hay dos formas de beber —aseguró él—. Como ellos...
—Y señaló a un grupo de adolescentes que hacían gestos mientras hablaban, uno de ellos parecía muy emocionado con la canción que estaba sonando y se movía simulando que tocaba una guitarra imaginaria—. O como estás haciéndolo tú. La pregunta es por qué.

—No quieres saberlo, te lo aseguro. Mi vida es un coñazo y te aburrirías enseguida. Estoy segura de que puedes encontrar a otra chica que vaya a darte mejor conversación y que esté más interesada en esto.

—¿Y quién me asegura que la vida de todas ellas no es también un coñazo?

—Nadie, pero, en mi caso, te aseguro que no quieres oír mis penas. ¿No has venido con nadie?

—Con unos compañeros de trabajo —admitió él, y se encogió de hombros como si no fuera relevante—. Se valen por sí mismos. Cada vez que me dices que no, tengo más curiosidad por escucharte. —Extendió la mano hacia ella—. Me llamo Hugo.

Ella le miró la mano como si fuera la de un alienígena.

—Yo soy Mar. —Y le estrechó la mano.

—Encantado, Mar. Entonces, ¿tenemos un trato? ¿Me vas a contar qué estás haciendo aquí?

Ella parpadeó, confusa, como si la simple idea de que alguien pudiera querer escuchar lo que ella tuviera que decir le resultara fuera de lugar.

—Tú sabrás cómo quieres perder el tiempo.

Hugo se frotó las manos con el entusiasmo de un niño que ve por primera vez una tarta de chucherías. Tenía una sonrisa bonita y parecía francamente interesado.

—Vamos. Estoy preparado.

Mar se lo pensó un momento. No había ido allí para hablar; de hecho, no estaba segura de que le apeteciera hacerlo. Sin embargo, como siempre ocurre en estos casos, sobre todo cuando al otro lado se encuentra un oyente predispuesto y voluntarioso, Mar abrió la boca y por ella surgió un torrente de palabras que ni siquiera sabía que llevaba dentro.

1. NO ME DA LA VIDA

No me da la vida.

Ya sé que hay mucha gente que dice lo mismo, que le vamos a hacer. Nadie sabe lo que supone ser madre soltera hasta que tiene que serlo. Y yo, ahora que lo sufro a diario, estoy convencida de que alguien debería hacernos una estatua, dedicarnos una calle —Calle de las Madres Solteras— o yo que sé, canonizarnos en grupo. ¿Hoy que se celebra? El Día de las Madres Solteras. Lo que habría que ver es quién nos trae un regalo en nuestro día. Hay que pulir los flecos.

¿Tú sabes lo que es tener el reloj pegado al culo desde el momento en que te levantas y no tener margen de error ni de unos segundos? No, claro, tú qué vas a saber si tienes, ¿cuántos?, ¿veinte años?

¿Veintisiete? Guau, pues te conservas bastante bien. O yo estoy demasiado borracha, no estoy segura de cuál de las dos opciones elegir.

¿Qué te estaba diciendo? Ah, sí. Llevo dos años sin conseguir salir de casa como Dios manda. El día que me da tiempo a lavarme la cara y quitarme las legañas, llevo un lamparón en la camisa o una salpicadura de café en la falda. Me enorgullezco de mí misma los días que consigo peinarme. La mayor parte de los días hago lo que puedo en forma de coleta. Ya no sé ni qué es maquillarse; de sentirme guapa, ni hablamos, no tengo recuerdo de la última vez que me vi bien, me conformo con estar presentable, y la mayoría de los días no consigo ni siquiera eso. Reconozco que me da un poco de miedo mirarme en el espejo, porque no sé lo que me voy a encontrar. Ha llegado un punto en que me visto por sorteo: yo meto la mano en el armario y lo primero que sale, que con suerte estará al menos doblado, porque de planchar tampoco

co hablamos. Conjuntar es un verbo que me resulta tan ajeno como la mitología azteca.

¡Y yo adoraba los sérums y las cremas! Las tenía de todo tipo, para todas las partes del cuerpo, en todos los tamaños, formas y colores. Ahora siguen ahí, una colección de reliquias sin uso ni disfrute en la balda del baño.

Es que encima hay que aguantar lo que la gente te diga. A la gente le gusta opinar de todo, ¿sabes? Deberías levantarte más temprano. Pues no, mira, igual deberías tú callarte la boca y darle consejitos a tu madre, guapa. Lo he intentado, que conste. Lo de levantarme más temprano, digo. Pero muerdo un poco cada vez que suena el despertador, nunca tengo la sensación de haber descansado lo suficiente, y cuando he intentado madrugar un poco más acabo convirtiéndome en uno de los personajes de *The walking dead*. Pero no de los buenos, de los otros, de los que se comen a la gente. Porque va de eso la serie, ¿no?

Hace tanto tiempo que no veo una serie... Me encantaban. Santi y yo solíamos acurrucarnos en el sofá y ver uno o dos capítulos todas las noches. Era nuestro momento. Ahora, cuando la tele está encendida es para ver a *Bob Esponja* o alguna de esas series horribles que hacen para niños. Y las que ve mi hija son casi peores.

Tengo dos hijos, sí. Preciosos. Mira, deja que te enseñe una foto en el teléfono. Ella es Esther, tiene ocho años. Se parece a mí, con los ojos de su padre. A veces, cuando me mira siento como si fuera él quien estuviera juzgándome, bendita la gracia que me hace eso. ¿A que es guapa? Es la niña más guapa de su clase, y no lo digo porque sea su madre. Claro que, qué voy a decir yo. Objetivamente es guapa, eso es así. Cuando sea adolescente me va a traer por el camino de la amargura, y lo malo es que ahora los niños empiezan con todo bastante antes que nosotros. Bueno, que yo. Te sacó diez años, tú tie-

nes veintisiete y yo treinta y siete. ¿Eso significa que somos de generaciones distintas? ¿Llegaste a conocer los *walkman* y los *discman*? Mejor no sigamos por ese camino, que me deprimo todavía más.

Este es Álvaro. Tiene cinco años, pero no dejes que te engañe esa carita de ángel y esos ojos de cachorrito suplicante, ahí donde le ves es un terremoto. Entiéndeme, es muy bueno y educado, pero parece que lleva pilas de las de aquel anuncio, el del conejo que seguía y seguía. Puede que seas demasiado joven para acordarte. Lo que le pasa a Álvaro es que tiene demasiada energía y sobredosis de ideas desafortunadas. Una vez se le ocurrió que sería más divertido saltar desde el tobogán hacia el lado contrario, mientras gritaba: «Mira, mami, vuelo como Superman». Casi me da un infarto, a él tuvieron que ponerle tres puntos en la ceja izquierda, y dimos gracias porque no se rompió una pierna. Otra vez pensó que sería buena idea lavar el coche con un estropajo. Con la parte verde del estropajo. Lo único bueno es que ahora la gente se aparta cuando voy conduciendo. Deben ver las rayas y pensar que voy rozándome con todo lo que pillo. El coche, digo.

Bueno, y que no se nos olvide el día que decidió jugar a los peluqueros mientras yo dormía una siesta en el sofá del salón. Me dejó un trasquilón que me obligó a cortarme el pelo por debajo de las orejas. Cuando me desperté, tenía un mechón de pelo en la mano y una sonrisa inmensa en los labios.

—¡Mira, mami, he aprendido a ser *cortapelos* y así no te gastarás tanto dinero en la *cortapeluquería*!

No sabía si matarle o comérmelo a besos. Por su expresión deducías que él estaba convencidísimo de que había hecho una buena acción con la que contribuía a la economía familiar. Supongo que la culpa es mía, que me quejaba cada vez que salía de la peluquería, es que es muy fuerte lo cara que es.

No me malinterpretes, adoro a mis hijos. Les quiero más que a nada en la vida, pero son como pequeños agujeros negros que absorben todo el tiempo libre que puedas tener. Voy siempre de aquí para allá, y a veces me siento como las bolas de un *pinball*. El demonio existe, déjame que te lo diga. Es el individuo que inventó el mundo de las extraescolares. Por si fuera poco con los horarios de salida de los colegios, que deben estar hechos para padres que no trabajan, tienes que asegurarte de llegar siempre en hora, conseguir que se suban al coche sin olvidarse nada por el camino, correr para dejar a uno en fútbol y a la otra en guitarra, con el tiempo justo para deshacer el camino y recoger a Álvaro y de vuelta a por la niña. Y al día siguiente que si pintura y refuerzo de inglés. O en Kumon, que todavía no sé lo que es, pero todo el mundo dice que es supernecesario.

A veces miro atrás y me pregunto si nosotros hacíamos tantas cosas a la salida del colegio.

¿Quieres saber lo que es una mañana cualquiera para mí? Voy a contarte una cualquiera, una que tengo bastante reciente, de hace exactamente dos semanas, justo antes de que mi vida se desmoronara por completo como un castillo de naipes cuando sopla el viento.

Suena el despertador. Es probablemente el aparato más odioso del universo, pero ahí está, siempre en la mesilla de noche y dispuesto a arruinarte el sueño con su pitido apocalíptico. Tengo tanto sueño que no consigo despegar los párpados, y suelto un par de manotazos para acabar con él. A veces tengo suerte, pero la mayoría no, y acabo tirando algo: el marco con la foto en la que Esther y Álvaro salen sonriendo con la playa de fondo, el libro con el que estoy atascada desde hace más de un año porque en cuanto leo una frase me quedo dormida, la botella de agua...

Me levanto. A duras penas y sintiendo que ya va todo mal.

Voy al baño y trato de asearme. A veces me da tiempo a echar un pis y lavarme la cara; la mayoría de los días, no. Rebusco en el armario algo que ponerme y te juro que cada día pienso que tengo que ordenarlo. Lo peor es que hace dos años presumía de tener un armario maravilloso, con todos los básicos, los colores de temporada, un montón de zapatos, para cada ocasión. Un armario coqueto y bien surtido. Me encanta la ropa.

¿A qué mujer no le gusta la ropa? Que me la señalen porque no me lo creo.

A esas alturas ya suelo ir fuera de horario. Despierto a los niños entre voces y tirones de sábanas. Ese es el inicio de la lucha diaria. Álvaro nunca quiere levantarse y Esther es una experta en remolonear. Nunca faltan sus: «Un ratito más». Normalmente lo que hago es coger a Álvaro de los brazos y ponerle de pie hasta que no le queda otra que sostenerse por sí mismo. Con Esther ya no puedo, así que me limito a tirar de su pierna mientras ella me grita.

—¡Mamá!

—¡Levántate de una vez!

—¡Que tengo sueño!

—¡Yo también tengo sueño! —grita Álvaro.

—¡Y yo también quiero dormir! —aseguro yo, intentando imponer mi voz sobre las suyas—. Y un millón de euros, y vivir en una casita que dé a una playa paradisíaca, con un yate amarrado en el muelle.

—¡Solo un poco más, mamá!

—¡Todos los días la misma historia! ¡Tenéis que acostaros antes, no podemos despertarnos más tarde!

No importa cuántas veces les diga lo mismo. Yo no consigo que se acuesten antes y estoy convencida de que, aunque lograra engañarles para que se metieran en la cama antes de las diez, ellos seguirían despiertos hasta que dieran las once. Me apostaría un brazo.

—¡Pero mamá!

—Ni pero mamá ni pero mamá.

Cuando uno tiene hijos aprende que cualquier palabra del diccionario es susceptible de tener un género diferente con solo cambiar la a por la o, o viceversa. Es una ley universal.

—¡No es justo! —asegura Álvaro a voz en grito—. ¿Qué es más importante? ¿El cole o la familia?

¿Cómo se responde a eso? Y más a un niño como mi hijo, que se agarra a las cosas que él entiende como justas como si fuera una garrapata.

—Las dos cosas son importantes, cenutrio —le increpa Esther.

—No insultes a tu hermano.

—¿Qué es un cenutrio?

—Un cenutrio eres tú.

—¡Mamá! ¡Me está llamando una cosa muy fea!

—¡Esther, no insultes a tu hermano! ¡Y moveos que vamos a llegar tarde!

Otra vez. Puedo contar con los dedos de una sola mano los días que hemos llegado antes de que suene el timbre. Normalmente mis dos hijos son los últimos en entrar en sus clases. El colegio me ha llamado la atención ya tantas veces que se me han acabado las excusas y empiezo a repetirlas.

—Seguro que no sabes lo que significa cenutrio —asegura Álvaro a su hermana mientras le arrastro hacia la cocina. Raro es el día que no le doy una patada a un juguete olvidado en el pasillo o que no tropiezo con algún jersey que alguno de mis hijos ha dejado tirado por ahí. Lo de guardar las cosas en su sitio es una utopía. Pero ojo, esos son los días buenos. Luego están los que piso una pieza de Lego. Si algún día me encuentro una lámpara con genio dentro, le pediré que que-me hasta los cimientos todas las fábricas de esas malditas cosas. Luego me tiro cojeando media mañana.

—Claro que lo sé. El que no lo sabes eres tú, que eres un cenutrio.

—¡Esther, vale ya!

—¡Mami! —Álvaro tira de mi brazo y me desestabiliza. Ahora todavía pesa poco, pero algún día hará eso y me pegaré un tortazo de padre y muy señor mío—. ¡Mami, dímelo tú! ¿Qué significa cenutrio?

—Como tonto —acabo cediendo.

—¡Yo no soy tonto! ¡Tú eres la tonta! —Ahí empieza el intento de darle una patada a su hermana, las risas de Esther mientras se zafa y el portazo cuando se encierra en el baño para lavarse.

Esa es la fase uno, la que yo denomino «el despertar». Luego llega la fase dos. No sabes lo que es el caos hasta que llega el momento del desayuno. Primero tienes que intentar que te contesten y te digan lo que quieren, sabiendo que cambiarán de idea cuando lo tengas medio preparado. O preferirán el zumo de manzana en lugar de naranja cuando ya lo hayas exprimido. O el Cola Cao frío en lugar de caliente. Preparar el desayuno a dos niños pequeños mientras tú también tratas de comer algo debería ser considerado deporte olímpico.

—Pero, mamá... —Álvaro nunca se calla mientras le preparo el desayuno, ni siquiera con la tele encendida y sus dibujos favoritos en antena.

—Vístete, cariño.

—Mami, ¿por qué si son siete días hay cinco de cole y solo dos de fin de semana?

—No lo sé, cariño. —Pongo las rebanadas de pan en la tostadora, revuelvo el chocolate en la leche, parto fruta, caliento un café para mí—. Es así.

—No es justo. Deberían ser dos días de cole y cinco de vacaciones.

—Ojalá algún día llegues a presidente y pongas esa norma, cariño.

—¿La culpa es de los presidentes?

—Bueno, creo que esa en concreto, no. Vístete, anda.

—Yo no quiero ir al cole, es un rollo.

—El cole no es un rollo.

—Sí que lo es.

—Pero allí están tus amigos, cariño.

—Mejor los veo en el parque y jugamos.

Por supuesto, no solo no se ha vestido cuando llevo la bandeja a la mesa, sino que ni siquiera ha empezado a quitarse el pijama. Al final siempre me tengo que ocupar de hacerlo yo, primero desvestirle y luego ponerle el uniforme del cole, y eso suele provocar que me pase calentando el café y luego me queme la lengua. Da igual que lo sepa y que cada día me prometa a mí misma que estaré más pendiente del microondas. Todos los días la misma historia.

—¡No pueden ser dos días de cole y cinco sin cole! —asegura Esther mientras entra en la cocina. Al César lo que es del César, al menos ella se viste sola—. ¿Te das cuenta de que nadie te soportaría cinco días seguidos en casa?

—¡Mamá! ¡Mira lo que ha dicho!

—Esther, por favor...

—Además —interviene Álvaro, con su tono de: «mira que eres tonta»—, verano son muchos más días y sí me aguantas.

—Te hago creer que te aguanto, pero en realidad, no.

—¡Mamá!

—¡Esther! ¡Que te portes bien con tu hermano!

—¿Otra vez la patrulla cansina? ¿No podemos ver otra cosa? —Todas las mañanas es la misma discusión; Álvaro quiere ver a los cachorros bombero, policía y demás, y Esther protesta porque quiere ver otra cosa—. ¡Se te han quemado las tostadas, mamá!

—Solo están chamuscadillas. Eso se come y no pasa nada.

—¡Qué asco! —grita Álvaro, que ni se habría dado cuenta si su hermana no hubiera dicho nada.

Y entonces llega, la puntilla, el momento en que el torero entra a matar. Y lo peor es que los niños no lo hacen con ninguna mala intención. Los muy malditos:

—¡Pues Ire las hace mejor! Ella no las quema.

* * *

—¿Ire? ¿Quién es Ire?

Mar hizo un gesto de asco con la boca, el mismo que pondría ante un plato de comida repugnante.

—Esto vas a tener que perdonármelo, claro. No te cortes en interrumpirme si ves que alguna vez salto de un tema a otro y te estás perdiendo. Mi exmarido siempre me decía que mis pensamientos son como la bola de un *pinball*, rebotando de un lado a otro a tanta velocidad que a veces cuesta seguirla con la mirada.

—No hace falta que lo jures.

—Tú quisiste exponerte a esto, querido. Ire es Doña Perfecta. No se me ocurre un ser más deleznable que ella. Me gusta cómo suena esa palabra, ¿a ti no? Deleznable. Es como que te llena la boca y se esparce alrededor cuando la pronuncias.

—A mí me gusta «rimbombante». Por desgracia, no suelo tener ocasiones de meterla en una conversación.

—Doña Perfecta es la niñata estúpida con la que se junta ahora mi exmarido —continúa Mar como si él ni siquiera hubiera hablado. Cuando coge carrerilla le cuesta echar el freno, y si se trata de maldecir el nombre de esa arpía, mucho más—. Santi dice que es su pareja, pero sé que lo hace para tocarme las narices. Nunca estaría con alguien como esa repelente, estirada y tiquismiquis si no fuera para sacarme de mis casillas. Todavía me quiere, lo que pasa es que tenemos

que arreglar una serie de cosas antes de volver a estar juntos. Estamos hechos el uno para el otro, siempre ha sido así.

Nos hicimos novios en el instituto. Es como una de esas películas románticas, una de esas historias que te emocionan y te llenan el estómago de maripositas. Siempre hemos sabido que pasaríamos el resto de nuestras vidas juntos. Estábamos todo el tiempo juntos. Hay mucha gente que piensa que eso es agobiante, pero nosotros, no. Adorábamos pasar las horas juntos. De hecho, nos fastidiaba tener que ir a clases distintas. Pasar un día sin vernos era un horror.

¿Quieres que te cuente algo precioso y ya me dices tú si es o no es de película romántica? Cuando estaba en cuarto de carrera me dieron una beca para estudiar dos meses en Irlanda. Mi padre me dijo que no podía desaprovechar esa oportunidad y solo le faltó encadenarme a la maleta y meterme él mismo en el avión. Lo habría hecho si llego a protestar, eso seguro, menudo era mi padre.

Bueno, pues Santi se presentó en el aeropuerto el día que me marchaba. Yo estaba llorando como una magdalena... ¿Qué demonios significa eso? Las magdalenas no lloran, por el amor de Dios. A veces decimos unas tonterías por costumbre que es para hacérselo mirar. Luego siempre viene un enteradillo a explicarte el motivo histórico y te dan ganas de partirle la cara.

—Tiene que ver con María Magdalena —apuntó Hugo.

Mar gira todo el cuerpo sobre el taburete para escrutarle.

—Que tiene que... ¿Tú eres uno de esos enteradillos? Mierda, creía que se refería a las de comer. Así, la verdad es que tiene hasta lógica. Ahora me siento estúpida.

—No era mi intención.

—Da igual. Ahí estaba yo...